

ENCUENTRO DE AZULES Y HORIZONTES, EN IBIZA

Más allá de su realidad, el Mediterráneo es un recinto sagrado y abierto, un elucidario, un libro atlántico, en el que se alinean todas las historias antiguas, todas las raíces de nuestros saberes y creencias, de nuestras pasiones y quimeras.

Mar de mares, viejo heraldo que se asoma a la luz, conjurándola, por sus islas, por sus respiraderos míticos, como Ebussus, Ibiza, anfitriona de este encuentro de azules y andaduras, topónimias e idiolectos.

RELACIÓN DE COLORES, SUCESOS Y PROYECTOS. El AZUL, como el hombre, cuando es fiel a su destino, puede transformarse en un templo de lapislázuli, un corazón de lluvia o un firmamento sin daño. El AZUL, que puede ser un mundo, como lo era para el mago Merlin de Cunqueiro, a veces, en estas epifanías sedentas de contagio, es un misterio, una catedral o una tarde, en la que el cielo desciende para acostarse sobre el musgo pubiano de la tierra, o sobre tu cuerpo limoso de sal y sol.

Asamblea de ultramares y naturalezas inventadas, de bosques prohibidos y de figuraciones, de manchas libertarias y concisiones; de artistas de talante vario, de distante origen, continente y hemisferio, que penden de sus tradiciones respectivas, que, en su juventud, tienen pasado y, por eso, ya mañanan.

Debate de técnicas y estilos, de procedimientos y horizontes; diálogo que ocupa lo sagrado y lo profano, lo enigmático y lo sencillo, las obsesiones de los hombres y la vocación de la belleza.

De una parte, el poso de cobalto amerindio y la voz mediterránea de caracola, azur y milenaria, compartiendo el silencio y la sorpresa, el aleteo de la nostalgia y el óleo, como el ungüento que siempre anda en sombra con la verdad. De otra, el papel y el metacrilato, la fragmentación y el concepto, un sentir septentrional cabe una almáciga de índigos.

Y como elementos primordiales: la tensión y el agua, la ebriedad y la memoria originaria; lo sólido y lo fluido, lo transparente y lo opaco, la piel y la traspiel, donde reside la melodía instintiva que la creación concreta. Dependencia de los agentes esenciales, que cristalizan en formas, cuajadas de sensaciones germinales y de latidos, que determinan el paso del tiempo y la cadencia del deseo.

Hombre, espacio, materia y decidida búsqueda. Ser como un viento que fecunda el cosmos, iluminando el laberinto y rechazando el tedio. Espacio como dimensión, atmósferas y generosos límites. Materia, manipulada, transformada, asimilada, extraída de la intimidad más independiente. Y decidida búsqueda, intensidad de un proyecto existencial a través del cual el artista crea, se hace, y nos crea un orbe distinto, cuyo ciclo se completa al ser compartido, por nosotros, como respuesta.

Arte situado en la otra parte, en el repliegue anterior, en el límite de la razón, cuando se siente la seducción del pensamiento mágico, salpicado de vivencias opalinas y verdes jugosas, de zarcos influjos y soportes industriales, que desconciertan o complacen, al hilo de la ancestral constante de la pintura, a un tiempo compleja y sencilla, como un oráculo.

CUATRO ESTACIONES para una apuesta, cuatro silabarios para un discurso, feraz y libertario, sólido y audaz, riguroso y penetrante, en el que se inician caminos, se acortan distancias, se insiste, se tienta la cintura de la noche, se vive y se sueña.

VERONIKA DOBERS, alemana, Annaberg 1950, la ciudad que fundara el duque Alberto El Animoso, 1496, en la falda del monte Pöhlberg, en Sajonia, famosa por su encaje y por la annabergita, mineral de níquel, que forma masas cristalinas de color verdoso.

V. Dobers, con sus trabajos más recientes, pintura sobre metacrilato, ¡masas cristalinas!, en las que ironizan las formas, se satiriza, se dibuja y se muestra una crítica lúdica o ácida, con la problemática del hombre en el centro de su narración.

GLORIA DEL MAZO, Belvís de la Jara 1961, tierras de Toledo, por donde cruza el Tajo, entregada, dichosamente, a estructuras de bistro, cielo y arquitecturas, en las que hay que ir descubriendo, la brisa, el azabache, la suspicacia, la inocencia, los órdenes y los secretos.

Gloria de opulentos negros, que se resisten, y pavonados sinfines que religan; ojivas y columnas, frontispicios y fugas componiendo un sumptuoso escenario, en el que es fácil soñar, porque acrecienta la dicha, en el que, en todo caso, ha crecido la luz, hasta hacerse endrina, hechicera, celosa, ritual, elegante.

Serie Mediterránea, con mil azules en juego, convocando amaneceres y lutos, con ambición, con dominio, con orden, con rotundidad, con tono poético, desafiando las edades y los ámbitos.

CHRISTINE MEISE, Bielefeld 1954, ciudad conocida por sus telas, damascos, sederías y terciopelos, en Westfalia, junto a la selva de Tentoburg, fascinada por las cromías boscosas, implicando escultura e instalación, plano y verticalidad, elementos de uso y utopía.

Sacos de papel y maderas, tintas y barnices, dando vida a otras naturalezas, vivas, vegetales, anhelantes, contagiosas como una esperanza fértil, informada de esplendidez, cuyo resultado trasciende la idea y la materia.

Conjuntos de recipientes, cónicos, en punta de estrella, que son vértice, dirección, relente de algas, profusamente enigmáticos con su frágil altivez, con su incitante voluntad de penetración, erguidos o plegados, perspicaces y sugerentes.

CARLOS VIDAL, mexicano de Chiapas, de Chiapa de Corzo 1957, donde se conserva la fuente más importante que construyeron los primeros colonizadores españoles, tierras secas y calientes, entre los Golfo de México y el de Tehuantepec, acrisolando el azul azteca, la densidad celeste, ensangrentando el sol, convocando el verde veronés y el siena.

Carlos Vidal, deslumbrado de amarillos, pero haciendo un acontecimiento de azules, que limitan con una sombra o un desnudo de esmeralda, reflejado en un espejo de tierra de Sevilla. Un lujo de tonalidades marinas, un ambiente de pulcritud, en contraste con la explosión de luz madura de dorados días chiapanecos.

Majestuosamente sencillo, anotando, con sacralidad, el estero luminoso de las horas, componiendo un mundo guiado por el color, amamantado de eternidades, montado sobre un lenguaje universalista y abstracto, pero sin renunciar a sus agentes nutricios, a sus mitos y a sus dioses.

En IBIZA, encuentro de azules y de estirpes, de concepciones sensibles y de hallazgos; de lo inquietante y lo equilibrado, de lo próximo y lo distante, de las querencias de cuatro artistas, ya con trayectoria, en su proceso, con decisión, con limpia firmeza, con calidad, con riesgo, con generosidad, con futuro.

Tomás Paredes